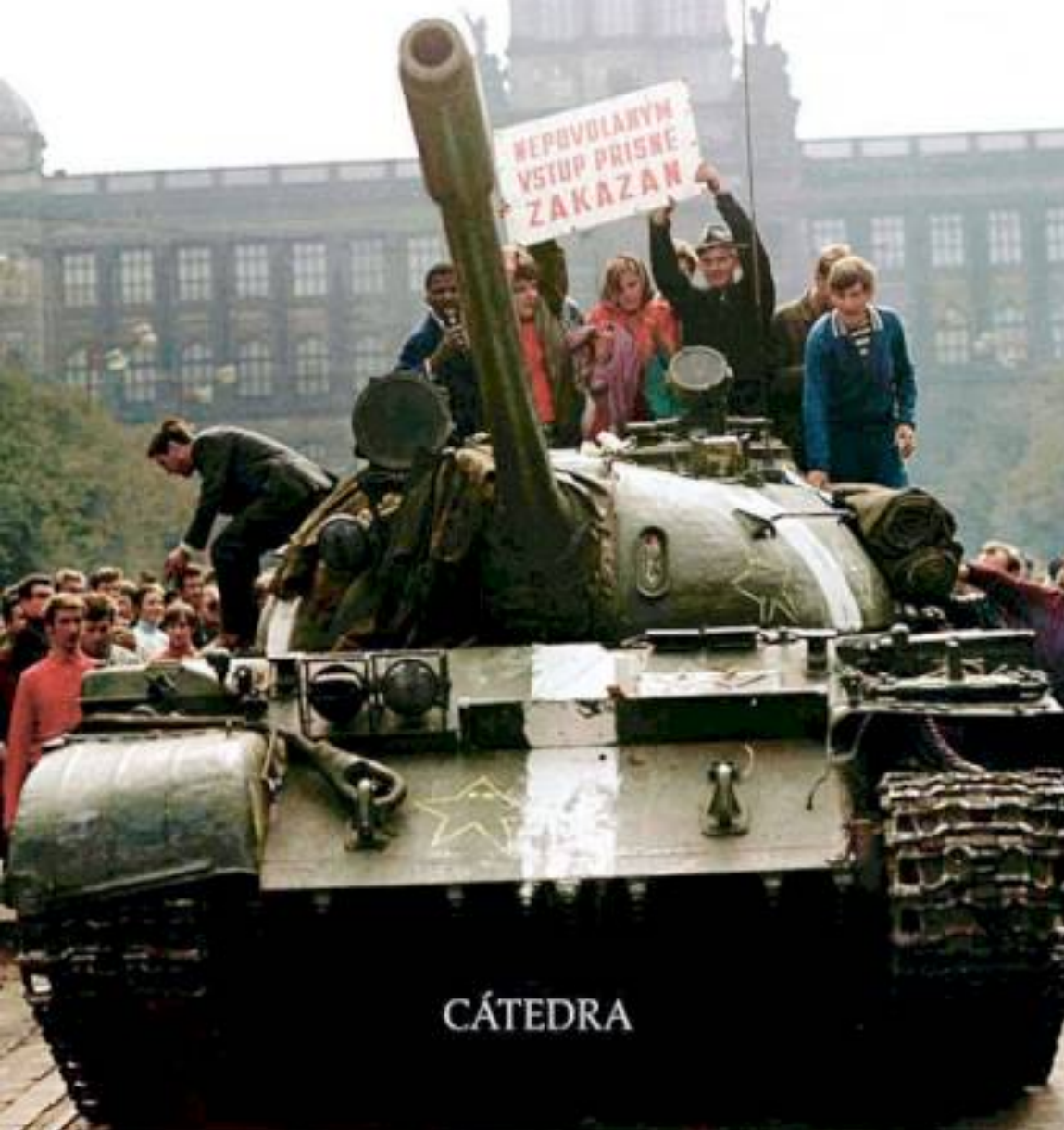


Luis Zaragoza

Las flores y los tanques

Un regreso a la Primavera de Praga



CÁTEDRA

Luis Zaragoza

LAS FLORES Y LOS TAN- QUES

UN REGRESO A LA PRIMAVERA DE PRA-
GA

Índice

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE. LAS SEMILLAS

CAPÍTULO PRIMERO. La mayor de las hermanas menores (1960-1918)

Una isla tranquila

La geografía y la historia

Una «rara avis»

Las tormentas del 48

El único camino

Los procesos

...En un mar agitado

CAPÍTULO 2. El resplandor de la cara oculta (1962-1967)

Los problemas crecen

Economía: estancamiento y reformas fallidas

Eslovaquia: agravios acumulados y promesas incumplidas

Los forjadores del futuro y los críticos del pasado

Vísperas de todo: comunistas en Karlovy Vary

SEGUNDA PARTE. LAS FLORES

CAPÍTULO 3. La primavera empieza en verano (junio de 1967-enero de 1968)

Cuando estallan todas las crisis

Hablan los que escriben

«Queremos luz»

Los sesenta días más largos del Comité Central

CAPÍTULO 4. Hasta la reforma y más allá (enero-abril de 1968)

Cuando se desatan todas las fuerzas

«Nuestro Sasha»

Consolidar las posiciones

Sí, pero no

La fuga del general y la caída del presidente

Citación en Dresde

El señor Libertad

CAPÍTULO 5. Un socialismo con rostro humano (abril-julio de 1968)

El Partido a la ofensiva

Cada hombre, todos los hombres

La reforma política

La reforma económica

Los verdaderos peligros: el ideológico

Los verdaderos peligros: el geoestratégico

Persuasiones, coacciones y otras múltiples presiones

Dos pasos adelante, un paso atrás

Juegos de guerra

Dos mil palabras y mucho ruido

CAPÍTULO 6. De Varsovia a Bratislava (2 de julio-3 de agosto de 1968)

Preparando un nuevo juicio

Condenados en ausencia

Un acto de soberanía

Al borde del abismo

El compromiso apócrifo

TERCERA PARTE. LOS TANQUES

CAPÍTULO 7. La conspiración en marcha (3-19 de agosto de 1968)

Los relatos y la historia

La «carta de invitación»

Se reanudan las presiones

Calentando motores

CAPÍTULO 8. «Operación Danubio» (20-21 de agosto de 1968)

La cuenta atrás

El éxito militar y el fracaso político
Un riesgo necesario, un error irreparable

CAPÍTULO 9. Un orden surge del caos (21-22 de agosto de 1968)

Dos salidas a un atasco
La resistencia se organiza
El congreso clandestino
Maniobras en la embajada

CAPÍTULO 10. Compás de espera (23-26 de agosto de 1968)

El viaje de Svoboda
Resistencia en las calles
«Conversaciones» en Moscú

CAPÍTULO 11. Checoslovaquia y el mundo (20-26 de agosto de 1968)

El sutil arte de la diplomacia
Adhesiones, rupturas y desgarros en el movimiento comunista

CAPÍTULO 12. Un nuevo «diktat» (26-27 de agosto de 1968)

Negociaciones de tregua
El protocolo de Moscú
Explicar lo inexplicable

CUARTA PARTE. LOS SURCOS

CAPÍTULO 13. Recuento de fuerzas y de razones

Los dirigentes y los dirigidos
Brézhnev y su doctrina

CAPÍTULO 14. La «normalización» blanda (agosto de 1968-abril de 1969)

Por la pendiente de las concesiones
La ocupación legalizada
Rebrota la resistencia
El giro de noviembre
Una pieza de caza mayor
El estudiante de Wenceslao
Un partido de hockey y el fin de una época

CAPÍTULO 15. La «normalización» dura (abril de 1969-diciembre de 1970)

El nuevo viejo estilo

Foto de familia en Moscú

Un triste aniversario

La limpieza

El desmontaje

A MANERA DE EPÍLOGO (1978)

QUIÉN ES QUIÉN (Y QUÉ ES QUÉ) EN ESTA OBRA

BIBLIOGRAFÍA

CRÉDITOS

Como ya me ha sucedido otras veces, no hallé mejor ni más eficaz modo para aclararme a mí mismo el hecho que darle forma y describirlo para los otros.

Stefan Zweig, *Magallanes*.

Y si vivimos lo bastante para leer recuerdos y memorias de esta época, tendremos la convicción de haber vivido en cinco o diez años mucho más que algunos hombres en un siglo. Yo no sé si el pueblo mismo será el que se levante y se ponga en marcha, o si todo se hará en su nombre. En acontecimientos de esa importancia, ni siquiera puede confiarse en una lógica dramática. [...] Lo que es grande llega sin que se haya visto venir, como si siempre hubiera estado ahí, o como si hubiese caído del cielo.

Boris Pasternak, *Doctor Zhivago*.

Pienso en cuál será la suerte de mis hijos, que solo de mayores podrán comprender por qué hemos luchado [...]. ¿Estarán en condiciones de comprender correctamente las preocupaciones de la generación de sus padres cuando intentaban lo que la prensa mundial denominó metafóricamente la «Primavera de Praga»? ¿Podrán juzgar con justicia los actos de esos hombres cuyos nombres se han convertido en símbolo de nuestro esfuerzo por el renacimiento del socialismo bajo el signo de la igualdad y del humanismo? ¿Sabrán distinguir sus virtudes de sus defectos, sus intenciones de sus posibilidades? ¿Sabrán comprender su arrojo, sus principios, sus derrotas, su resignación? ¿Serán capaces, en suma, de valorar lo que la generación de sus padres emprendió al *intentar cambiar*, después de todas las decepciones y depresiones, no ya el mundo, sino una *pequeña parte de él, llamada Checoslovaquia*? ¿Una generación que pretendía, sin resentimientos, devolver al socialismo su forma democrática? [...] En este momento ignoro cómo se juzgará con el tiempo, en Checoslovaquia y en Europa, nuestro sincero y atrayente experimento. Solo espero que, aun cuando haya sido interrumpido bruscamente, permanezca vivo en la conciencia de las generaciones futuras como una esperanza incumplida pero real.

Radoslav Selucký, *El modelo checoslovaco de socialismo*.

Prólogo

¿Quién recuerda la Primavera de Praga? ¿Quién conoce siquiera lo que hay tras la locución «Primavera de Praga»? Cuando se evoca «el sesenta y ocho», la memoria y la divulgación se dejan fascinar por la poesía y la plasticidad del Mayo Francés. La Primavera de Praga, si aparece, lo hace en un lugar secundario, unida a la matanza de Tlatelolco en México o a los asesinatos de Martin Luther King y Robert Kennedy en Estados Unidos. Acontecimientos descontextualizados, privados de su especificidad, dibujados con trazo grueso para ornamentar la escena principal del cuadro —la de un París con sus obreros y sus estudiantes, sus barricadas y sus grafitis—, casi dependientes o subordinados a ella.

La Primavera de Praga marcó el devenir de la izquierda en los años siguientes tanto o más que el Mayo Francés, pero hoy está olvidada. Para intentar averiguar por qué, deberíamos preguntarnos quién puede reivindicar su legado. A los anticomunistas —perdón por reducir a una palabra tantas actitudes—, la intervención de «Los Cinco» para acabar con la experiencia checoslovaca les afianzó en su convicción de que el comunismo era irreformable; de que los conceptos «socialismo» y «rostro humano» eran incompatibles; de que aquellos dirigentes, movidos por su ingenuidad o su buena fe, cuando no por el oportunismo, lo más que podrían conseguir —si conseguían algo— serían cambios cosméticos que en nada alterarían la esencia del sistema, porque un régimen totalitario en su origen no podía transformarse y solo estaba destinado a desaparecer, como finalmente ocurrió.

La sociedad donde se enmarcó la Primavera de Praga ya no existe. Fue un intento de conseguir un mundo más justo procedente del bloque comunista, pero el llamado «socialismo real» cayó. El Mayo Francés, en cambio, pretendió transformar el sistema capitalista, la sociedad de consumo, en un discurso que a la postre resultó más moral que político. Unos años después, Salvador Allende en Chile trataría de lograr cambios sociales y económicos mucho más radicales respetando las bases políticas de la democracia burguesa. Ambos ejemplos parecen más vivos, más aprovechables, porque se nos presentan como más cercanos, como pertenecientes al mundo en el que todavía vivimos. Extraer lecciones de la Primavera de Praga, incluso para la izquierda democrática, pudo ser lógico hasta 1989, pero después...

Los comunistas ortodoxos —los que vuelven una y otra vez a las esencias incorruptibles ante cada duda, ante cada crisis— vieron precisamente en 1989 el reflejo diferido de la catástrofe hacia la que se precipitaba Checoslovaquia en 1968. Solo hubo que dejar sin control a las fuerzas que se ocultaban bajo la máscara de la menor burocracia y la mayor libertad, para que en unos meses el capitalismo a la americana —con el McDonald's como símbolo— se instalara en la misma Plaza Roja de Moscú mientras crecían a pasos agigantados las desigualdades y se demolían los sistemas públicos que habían garantizado al pueblo educación, sanidad o pensiones. La llamada «Primavera de Praga» —dicen— tenía en su esencia un cariz contrarrevolucionario, como defendía Moscú, y al acabar con ella se obró en último término en legítima defensa, prolongando durante veinte años esas ventajas del sistema socialista que no se quisieron reconocer entonces, pero que algún día se reivindicarán de nuevo, ahora que el capitalismo salvaje ha mostrado toda su horrible cara.

Entonces, ¿quién puede reivindicar el legado de la Primavera de Praga? En puridad —descontando a quienes en

Checoslovaquia creyeron en la sinceridad y en el posible éxito de aquel proceso, y de entre ellos cada cual con sus propios matices objetivos—, solo los trotskistas, los anarquistas, los grandes perdedores entre los perdedores en la historia de las ideas. Y aun los libertarios deben pasar por alto el hecho de que los dirigentes comunistas nunca cuestionaron la pertenencia al Pacto de Varsovia o al COMECON, ni la nacionalización de los medios de producción y la dirección planificada de la economía, ni el papel dirigente del Partido Comunista. Eso era así —reconocen—, pero la sociedad civil estaba iniciando desde abajo unas dinámicas autónomas que hubieran acabado llevando la revolución por caminos imprevistos si no se hubiera producido la intervención exterior.

«Vale, ¿dónde está el truco?», podrá preguntarse con toda lógica quien haya llegado hasta aquí. Se supone que un prólogo debe hacer interesante el libro al lector, animarle a seguir adelante y, hasta ahora, lo que he hecho ha sido más bien lo contrario. Desde luego, como *marketing* no parece el más apropiado.

El comportamiento de la sociedad civil, precisamente, fue lo primero que me sorprendió en el caso checoslovaco. Viví de niño la caída del sistema comunista dependiente de Moscú en la Europa del Este. Es significativo que, en aquel derrumbe por lo general pacífico —salvo la notable excepción de Rumanía—, fue la transformación en Checoslovaquia la que se calificó de «revolución de terciopelo». Años después, mientras Yugoslavia se desangraba ante la impotencia o la hipocresía de la «comunidad internacional», los checos y los eslovacos pactaron su particular mitosis y el 1 de enero de 1993 surgieron dos países donde había habido uno, también de forma pacífica. Y fue esa misma sociedad civil la que unas veces seguía y otras empujaba a los dirigentes comunistas por el camino de las reformas durante la Primavera de Praga, mostrando una confianza en el Partido que parecía imposible tras veinte años de poder absoluto y

que, sobre todo, parecía sincera, quizá por primera vez desde 1948; era la que, tras la intervención de «Los Cinco», animaba a esos mismos dirigentes a mantenerse firmes en el camino iniciado cuando les gritaba «estamos con vosotros, estad con nosotros»; era la que imaginaba las más ingeniosas formas de resistencia pasiva a la ocupación y a las políticas de «normalización» impuestas desde Moscú, pero, una vez más, lejos de la violencia, en contraste con lo que ocurrió en Hungría en 1956.

Más allá de las decisiones del Comité Central del Partido Comunista Checoslovaco o del Politburó soviético, más allá de las reacciones de la OTAN o del Pacto de Varsovia, más allá de los alineamientos en la izquierda mundial a favor o en contra del proceso, en Checoslovaquia latía una sociedad civil que sentía renacer la esperanza en una década en la que, además, en el mundo todo parecía posible. Sí, los motivos y las aspiraciones eran distintos en Checoslovaquia y en Francia, en Estados Unidos y en México, en Portugal y en Vietnam, pero en aquellos años la reivindicación del humanismo parecía abrirse paso en sus más diversas formas en las sociedades más dispares y, con él, la búsqueda de un mundo más justo y más auténtico como última utopía común. Algo similar a lo que ocurrió con las múltiples movilizaciones que se produjeron en 2011, ese otro año seminal, «el sesenta y ocho» del siglo XXI, que hoy miramos ya con una mezcla de prematura nostalgia y de expectativa irreudenta ante tantos problemas aún pendientes de respuestas morales y políticas.

Al preparar mi tesis doctoral sobre Radio España Independiente pude acercarme, por primera vez de forma amplia, al fenómeno de la Primavera de Praga y al impacto que su brusco final provocó en los dirigentes y en las bases del Partido Comunista de España. Un brusco final que inició un cambio de rumbo y generó numerosos conflictos en el partido más importante del antifranquismo, como de forma más o menos acentuada en otros muchos partidos comu-

nistas del mundo. Porque la Primavera de Praga colocó ante un gran espejo las actitudes y la historia de millones de militantes y para muchos se presentó como el reverso de las nuevas promesas inauguradas por el XX Congreso del PCUS en 1956. Desde ese momento, el tema no me abandonó. Pude comprobar entonces que la bibliografía en castellano sobre este acontecimiento, pese a su importancia, era escasa y antigua. Los textos más importantes se remontaban, con notables excepciones, a principios de los años ochenta como máximo, y muchos de ellos, frutos de un ambiente de guerra fría y de política de bloques, trataban no tanto de comprender la Primavera de Praga en sí misma, sino de extraer lecciones para reformar el «socialismo real» en sus aspectos político y económico.

El paso del tiempo permitió desclasificar archivos de los partidos y países protagonistas de aquellos hechos, pero la mayoría de los nuevos hallazgos solo se podían consultar en inglés o francés si no se sabían el checo, el eslovaco, el ruso, el búlgaro, el húngaro, el alemán, el rumano o el polaco. La lectura de esos documentos, las nuevas interpretaciones de los historiadores, el propio transcurrir del tiempo, fueron llenándome de matices las imágenes sobre aquellos meses cruciales —y, en general, sobre los checos y los eslovacos— que me había dibujado con trazo grueso hasta entonces. Comprobé así, por ejemplo, que los dirigentes reformistas no fueron en realidad un grupo compacto, con ideas siempre claras y dispuesto a llevarlas a cabo hasta sus últimas consecuencias. Entre ellos hubo vacilaciones, indecisiones, contradicciones, cambios de posiciones..., todo ello en medio de esa esperanza de muchos a la que antes me refería, de la impaciencia de algunos y del miedo o la hostilidad de otros. Incluso quienes compartían el objetivo último de las reformas diferían a veces en los caminos para llegar a él. Desde el punto de vista narrativo, todos esos matices suponen un desafío, ya que hacen el relato más complejo, pero también más apasionante.

Con todos los elementos a mi alcance, pretendo, pues, armar un puzzle que combine los hechos y las percepciones de los hechos, el ámbito nacional y el internacional, los comportamientos políticos y sociales. Pretendo explicar de forma global, sintética y con la perspectiva de las décadas transcurridas cómo se llegó a la liberalización de la rígida ortodoxia estalinista en Checoslovaquia, qué peligros reales o imaginarios vieron en las reformas los demás miembros de la «comunidad socialista», qué equilibrio de fuerzas hubo fuera y dentro del Partido Comunista Checoslovaco, cómo se preparó la intervención, cómo fueron las negociaciones con los ocupantes y los esfuerzos cada vez más desesperados por tratar de salvar algo del intento inicial, cuáles fueron las actitudes en los gobiernos del bloque capitalista y en los partidos comunistas, y, por supuesto, cómo reaccionaron ante todos estos hechos los ciudadanos de a pie.

Los grandes acontecimientos tienen su historia y también sus mitos. El de la Primavera de Praga derivó no solo de sus ambiciosas aspiraciones, que pusieron sobre Checoslovaquia el foco de la atención internacional y despertaron la más amplia gama de reacciones. Derivó, sobre todo, de la abrupta interrupción de aquel proceso, de su fracaso provocado desde fuera, de la respuesta brutal y típicamente imperialista a una situación hasta entonces pacífica. Si se la hubiera dejado a su propia suerte, a la confrontación de las fuerzas internas, la Primavera de Praga podría haber desembocado en un retorno al capitalismo y a una república burguesa, como temían los dirigentes de «Los Cinco». O podría haber conducido a un repliegue hacia la ortodoxia anterior a enero de 1968, ante el riesgo de que las cosas se le fueran de las manos al Partido Comunista de Checoslovaquia. O podría haberse sustanciado en el compromiso de una cierta liberalización —económica, mucho más que política— a cambio de unos años de paz social, como ocurrió en Polonia y en Hungría a finales de los años cincuenta. O

podría, incluso, haber alumbrado un tipo de democracia socialista —si no perfecto, sí más auténtico—, la tan ansiada «tercera vía» que no solo podría haber revolucionado la vida en el bloque soviético, sino que podría haber atraído a los comunistas occidentales y hasta a los sectores más avanzados de la socialdemocracia para crear un nuevo paradigma político. Sí, cualquiera de esos finales habría sido posible. Pero la intervención de «Los Cinco» transformó para siempre el futuro en condicional, sustituyó las realidades por hipótesis y, de paso, imprimió a la experiencia checoslovaca la aureola de los héroes que mueren jóvenes, antes de tener que enfrentarse a sus arrugas y a sus incoherencias. Unos héroes que, por sus propósitos y por esa temprana desaparición, pueden seguir inspirando el camino de otros.

El periodista-escritor Miguel Delibes viajó a Checoslovaquia, con su mirada lúcida y sencilla, para conocer de primera mano aquel «ejemplo de independencia valeroso, civilizado y tenaz». Recogió sus impresiones en un libro que empezó a imprimirse mientras los tanques aplastaban las primeras flores de aquella primavera. En su prólogo, Delibes consideraba válida aquella experiencia para el futuro, fuera cual fuera su resultado, ya que al menos quedaría como una tentativa de hallar «una fórmula de justicia en libertad». «La pretendida justicia se corrompe, si la libertad no la guarda; la pretendida libertad se esfuma, si la justicia no prevalece», explicaba. Acaso, el paraíso en la Tierra que canta «La Internacional» podría resumirse, en último término, en esta ecuación: justicia en libertad. Así de sencillo. Así de lejano.

PRIMERA PARTE
LAS SEMILLAS